

FE EVANGÉLICA



J. C. RYLE

YO SOY LA LUZ DEL MUNDO; EL QUE ME SIGUE,
NO ANDARÁ EN TINIEBLAS, SINO QUE TENDRÁ LA
LUZ DE LA VIDA (JUAN 8:12).

IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA

LA IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA COMUNIÓN MUNDIAL



FE EVANGÉLICA Por el Obispo J. C. Ryle

**Obispo presidente Jerry L. Ogles
Traducción del Rev. José Antonio Rios
Anglican Orthodox Church
Statesville, North Carolina**

1. FE EVANGELICA

Puede establecerse como regla, con una confianza aceptable, que la ausencia de definiciones precisas es la vida misma de la controversia religiosa. Si los hombres solo definieran con precisión los términos teológicos que usan, muchas disputas morirían. Decenas de contendientes entusiasmados descubrirían que en realidad no difieren y que sus disputas han surgido de su propio descuido del gran deber de explicar el significado de las palabras.

Al abrir el tema de este artículo, deseo recordar cuidadosamente esta importante regla. Sin más prefacio, comenzaré explicando a qué me refiero cuando hablo de "religión evangélica".

Por "religión evangélica", no me refiero al cristianismo en comparación con el paganismo, ni al protestantismo en comparación con el romanismo, ni al trinitarismo en comparación con el socinianismo o el deísmo. No me propongo discutir con el escéptico o el neólogo, con el papista o con el judío. Lo que sí quiero considerar es la religión que es peculiar de ese partido en la Iglesia de Inglaterra que comúnmente se llama "evangélico". Hasta ese punto me limitaré a mí mismo, y solo a eso.

No perderé el tiempo demostrando la existencia de un partido como "el partido evangélico". Es un hecho tan patente como el sol en el cielo. Cuando comenzó a ser llamado por este nombre, y por qué se llamó así, son puntos sobre los que ahora no vale la pena inquirir. Es un simple hecho que existe. Nos guste o no, sea correcto o incorrecto, la conocida división tripartita es correcta y puede asumirse como cierta. Hay tres grandes escuelas de pensamiento en la Iglesia de Inglaterra: Iglesia Alta, Iglesia Amplia y Evangélica, y el hombre que no puede verlas se encuentra en un estado mental muy curioso. Ahora bien, ¿Cuáles son las peculiaridades distintivas de la religión de la escuela Evangélica? Que tiene algunos distintivos o principios fundamentales es inconfundible e innegable. ¿Cuáles son esos principios que lo distinguen de otras escuelas? Este, en palabras sencillas, es mi tema. ¿Tiene la religión evangélica algún principio distintivo? Yo respondo que los tiene. ¿Vale la pena luchar por ellos? A lo que respondo, ¡Por supuesto!

Me acerco al tema con un profundo sentido de su dificultad. No se puede manipular sin tocar puntos de extrema sutileza y pisar un terreno muy delicado. Requiere comparación entre sección y sección de nuestra Iglesia; y todas las comparaciones son odiosas. Deja a un escritor expuesto a la acusación de ser "partidista, de mente estrecha, combativo, belicoso" y todo eso. Pero hay ocasiones en las que las comparaciones son un deber positivo. Es un mandato apostólico de "probar cosas diferentes" (Fil. 1:10). La existencia de partidos en la Iglesia de Inglaterra es un hecho que no se puede ignorar. Pretender que no los vemos es absurdo. Todos los demás pueden verlos, hablar de ellos y criticarlos. Intentar negar esto es inútil. Debajo de esta división tripartita hay, sin duda, muchas subdivisiones

y matices subordinados que se diferencian. Ciertamente, existe una línea de demarcación muy distinta entre el antiguo partido de la Alta Iglesia y la sección Ritualista moderna de la Iglesia de Inglaterra. Un panfleto famoso es una prueba contundente de esta existencia, y no una mera aprensión y afectación. Nos guste o no, ahí están, y el mundo que nos rodea lo sabe.

Pero, aunque tengo un sentido profundo de la dificultad del tema, tengo un sentido más profundo de su importancia. Las nubes se están acumulando alrededor de la Iglesia de Inglaterra; su misma existencia está en peligro. Las opiniones contradictorias hacen justicia para dividirla en dos. Ha surgido una disputa dentro de su palidez en los últimos treinta o cuarenta años, no sobre los adornos y vestimentas de la religión, sino sobre los fundamentos mismos del evangelio. Queda por ver si nuestra amada Iglesia sobrevivirá a la lucha. Seguramente ya es hora de que los clérigos y laicos evangélicos revisen con calma su posición y consideren seriamente qué es lo que tienen que mantener y defender. Caminemos alrededor de nuestras líneas. Marquemos bien nuestros baluartes. Veamos claramente las armas que poseemos para nuestros hombres en Malakhoff y Redans [fortificaciones]. Entendamos claramente los principios que son característicos de nuestro cuerpo. Debe hacernos bien; no puede hacernos daño.

Al definir lo que es la fe evangélica, admito desde el principio que no tengo un credo escrito, ninguna declaración formal de principios a la que referirme. El lector me hará justicia para creer que siento profundamente esa carencia. Sólo puedo presentar los resultados de la lectura, el estudio y la observación que estén al alcance de todos los hombres corrientes. Pero durante muchos años he examinado cuidadosamente las obras publicadas de la mayoría de los Padres de la escuela Evangélica, y especialmente de los hombres del siglo pasado, y me he formado opiniones decididas sobre sus principios peculiares. Puedo estar equivocado en mi estimación de sus méritos; pero puedo decir honestamente que no he llegado a mis conclusiones sin oración, pensamiento y dolor.

Por supuesto, mis lectores comprenderán que, a lo largo de este artículo, solo estoy expresando mi propia opinión individual. No pretendo ni por un momento ser un portavoz del partido evangélico, ni hablar en nombre de nadie más que de mí mismo. De hecho, no estoy seguro de que todos los que se llaman evangélicos estén totalmente de acuerdo conmigo.

Hay tres preguntas que deseo plantear a los lectores de este documento.

- I. ¿Qué es la fe evangélica?
- II. ¿Qué no es la fe evangélica?
- III. ¿Qué hace que muchas religiones no sean evangélicas?

Intentaré abordar muy brevemente cada una de estas cuestiones.

I. A la pregunta "¿Qué es la religión evangélica?", La respuesta más simple que puedo dar es señalar cuáles parecen ser sus características principales. Considero que son cinco en total.

(a). La primera característica principal de la religión evangélica es la supremacía absoluta que asigna a las Sagradas Escrituras como la única regla de fe y práctica, la única prueba de la verdad y el único juez en la controversia.

Su teoría es que se requiere que el hombre no crea nada, como necesario para la salvación, si esto no se lee en la Palabra de Dios escrita, o se puede probar por ella. Niega totalmente que exista alguna otra guía para el alma del hombre, coigual o coordinada con la Biblia. Se niega a escuchar argumentos como "la Iglesia lo dice", "Los Padres lo dicen", "La antigüedad primitiva lo dice", "La tradición católica lo dice", "Los Concilios lo dicen", "Las antiguas liturgias lo dicen", "el Libro de Oraciones lo dice", "la conciencia universal de la humanidad lo dice", "la luz verificadora interior lo dice", a menos que se pueda demostrar que lo que se dice está en armonía con la Escritura.

La autoridad suprema de la Biblia, en una palabra, es una de las piedras angulares de nuestro sistema. Muéstranos cualquier cosa que esté claramente escrita en ese Libro, aun cuando, sin embargo, intentes huir de él. La Religión Evangélica estará de acuerdo con todo lo que contiene este documento. Solo estoy describiendo lo que yo, personalmente, creo que son los sentimientos principales de la mayoría de los eclesiásticos evangélicos, y mi descripción debe tomarse por lo que procura.

En cuanto a la carne y la sangre, la recibiremos, la crearemos y nos someteremos a ella. Muéstranos cualquier cosa, como parte de nuestra fe, que sea contraria a ese Libro y por más que parezca inequívoco, plausible, hermoso y aparentemente deseable, no lo tendremos por nada. Puede presentarse ante nosotros respaldado por Padres, escolásticos y escritores católicos; puede ser elogiado por la razón, la filosofía, la ciencia, la luz interior, la facultad verificadora, la conciencia universal de la humanidad. No significa nada. Danos más bien algunos textos sencillos. Si la cosa no está en la Biblia, se deduce de la Biblia, o en manifiesta armonía con la Biblia, no tendremos nada de eso. Como la fruta prohibida, no nos atrevemos a tocarla para no morir. Nuestra fe no puede encontrar lugar de descanso excepto en la Biblia o en los argumentos bíblicos. Esto es roca sólida: todo lo demás es arena.

(b). La segunda característica principal de la fe evangélica es la profundidad y la prominencia que asigna a la doctrina de la pecaminosidad y la corrupción humanas.

Su teoría es que, como consecuencia de la caída de Adán, todos los hombres, en la medida de lo posible, se han alejado de la rectitud original y están por su propia

naturaleza inclinados al mal. No solo se encuentran en una condición miserable, lamentable y en bancarrota, sino en un estado de culpa, peligro inminente y condenación ante Dios. No sólo están en enemistad con su Hacedor, y no tienen derecho al cielo, sino que no tienen la voluntad de servir a su Hacedor, no tienen amor por su Hacedor, y no son aptos para el cielo.

Sostenemos que una poderosa enfermedad espiritual como esta requiere una poderosa medicina espiritual para su curación. Tememos proyectar el menor semblante de ser como cualquier sistema religioso que procura tratar con el alma del hombre, lo que incluso parece alentar la idea de que su herida mortal puede curarse fácilmente. Tememos fomentar la noción favorita del hombre de que solo es necesario un poco de ir a la iglesia y recibir los sacramentos, pegar un pequeño parche, hacer un remiendo, blanquear, dorar, pulir, barnizar y pintar el exterior, es todo lo que su situación requiere. Por lo tanto, protestamos con todo nuestro corazón contra el formalismo, el sacramentalismo y toda especie de cristianismo meramente externo o vicario. Sostenemos que toda esa religión se basa en una visión inadecuada de la necesidad espiritual del hombre. Se requiere mucho más que esto para salvar, satisfacer o santificar un alma. Requiere nada menos que la sangre de Dios Hijo aplicada a la conciencia y la gracia de Dios Espíritu Santo, renovando completamente el corazón. El hombre está radicalmente enfermo y necesita una cura radical. Creo que la ignorancia del alcance de la caída y de toda la doctrina del pecado original es una gran razón por la que muchos no pueden comprender, apreciar ni recibir la fe evangélica. Junto a la Biblia, como fundamento, se basa en una visión clara del pecado original.

(c). La tercera característica principal de la fe evangélica es la importancia primordial que otorga a la obra y el oficio de nuestro Señor Jesucristo, y a la naturaleza de la salvación que Él ha producido para el hombre.

Su teoría es que el eterno Hijo de Dios, Jesucristo, por su vida, muerte y resurrección, como nuestro Representante y Sustituto, obtuvo una salvación completa para los pecadores y la redención de la culpa, del poder y las consecuencias del pecado, y que todos los que creen en Él son, incluso mientras vivan, completamente perdonados y justificados de todas las cosas - considerados completamente justos ante Dios - y están interesados en Cristo y todos sus beneficios.

Sostenemos que no se necesita nada entre el alma del hombre, el pecador y Cristo el Salvador, sino una fe simple, semejante a la de un niño, y que todos los medios, ayudas, ministros y ordenanzas son útiles en la medida en que ayudan a esta fe, pero no más allá de esto – aquellos que creen que debemos descansar y apoyarnos en estas cosas como fines y no como medios, los convierten francamente en veneno para el alma.

Sostenemos que un conocimiento experimental de Cristo crucificado e intercesor es la esencia misma del cristianismo, y que, al enseñar a los hombres la fe cristiana, nunca podemos detenernos demasiado en Cristo mismo, y nunca podemos hablar enérgicamente en demasía de la plenitud, la libertad, actualidad y sencillez de la salvación que hay en Él para todo aquel que cree.

No menos importante, sostenemos con toda firmeza que la verdadera doctrina acerca de Cristo es precisamente lo que más disgusta al corazón natural. La religión que el hombre anhela es la de la vista y el sentido, y no la de la fe. Una religión externa, cuya esencia es "hacer algo", y no una religión interna y espiritual, cuya esencia es "creer", es la religión externa la que el hombre ama naturalmente. Por lo tanto, mantenemos que se debe advertir continuamente a la gente que no haga un Cristo de la Iglesia, o del ministerio, o de las formas de adoración, o del bautismo, o de la Cena del Señor. Decimos que la vida eterna es conocer a Cristo, creer en Cristo, permanecer en Cristo, tener una comunión diaria de corazón con Cristo, por la simple fe personal, y que todo en la religión es útil en la medida en que ayuda a avanzar esa vida de fe, pero nada más allá de esto.

(e). La cuarta característica principal de la fe evangélica es el lugar elevado que asigna a la obra interior del Espíritu Santo en el corazón del hombre.

Su teoría es que la raíz y el fundamento de todo el cristianismo vital en cualquier persona es una obra de gracia en el corazón, y que, hasta que no haya un verdadero trato de Dios que sea experimentado dentro de un hombre, su religión es una mera cáscara, un caparazón, de nombre y forma, y no puede consolar ni salvar. Sostenemos que las cosas sobre las cuales debemos ser más insistentes en las que los hombres deben prestar atención son las poderosas obras del Espíritu Santo: arrepentimiento interior, fe interior, esperanza interior, odio interior al pecado y amor interior por la ley de Dios. Y afirmamos que decirles a los hombres que se consuelen con su bautismo o su pertenencia a la Iglesia, cuando se desconocen estas importantes gracias, no es simplemente un error, sino una crueldad positiva.

Sostenemos que, así como la obra interior del Espíritu Santo es algo necesario para la salvación del hombre, también es algo que debe sentirse interiormente. Admitimos que los sentimientos a menudo son engañosos y que un hombre puede sentir mucho, o llorar mucho, o regocijarse mucho, y sin embargo permanecer muerto en sus delitos y pecados. Pero mantenemos firmemente que no puede haber una conversión real a Dios, ninguna nueva creación en Cristo, ningún nuevo nacimiento del Espíritu, donde no hay nada sentido y experimentado dentro. Sostenemos que el testimonio del Espíritu, por mucho que se abuse de él, es algo real y verdadero. Consideramos un deber solemne no ser menos celosos por la obra del Espíritu Santo, en su lugar y grado, que por la obra de Cristo. E insistimos en que donde no se siente nada en el corazón de un hombre, no se posee nada.

(e). La quinta y última característica principal de la fe evangélica es la importancia que concede a la obra exterior y visible del Espíritu Santo en la vida del hombre.

Su teoría es que la verdadera gracia de Dios es algo que siempre se manifestará en la conducta, comportamiento, gustos, formas, elecciones y hábitos de quien la tiene. No es una cosa dormida, que puede estar dentro de un hombre y no mostrarse externamente. La semilla celestial "no es corruptible, sino incorruptible". Es una semilla de la que se dice claramente que "permanece" en todo aquel que es nacido de Dios. (1 Pedro 1:23; 1 Juan 3:9.) Donde esté el Espíritu, siempre evidenciará su presencia.

Sostenemos que es incorrecto decirles a otros que son "hijos de Dios, miembros de Cristo y herederos del reino de los cielos" a menos que realmente venzan al mundo, la carne y el diablo. Sostenemos que decirle a un hombre que es "nacido de Dios", o regenerado, mientras vive en el descuido y el pecado, es un engaño peligroso y calculado para hacer un daño infinito a su alma. Afirmamos con confianza que el "fruto" es la única evidencia segura de la condición espiritual de un hombre; que si queremos saber de quién es y a quién sirve, debemos mirar primero a su vida. Donde esté la gracia del Espíritu, siempre habrá, más o menos, fruto del Espíritu. La gracia que no se ve no es gracia en absoluto, y nada mejor para esto que el antinomianismo [libre de la ley]. En definitiva, creemos que donde no se ve nada, no se posee nada.

Tales son las características principales de la fe evangélica. Tales son los principios fundamentales que caracterizan la enseñanza de la escuela evangélica en la Iglesia de Inglaterra. A mis ojos, parecen sobresalir en el horizonte teológico como Tabor y Hermón entre las montañas, y elevarse hacia arriba como agujas de catedral en nuestros valles ingleses. Se advertirá fácilmente que sólo los he bosquejado a modo de esquema. A propósito, he evitado mucho de lo que podría haberse dicho a modo de amplificación y demostración. He omitido muchas cosas que podrían haberse manejado como parte y porción de nuestro sistema, no porque no sean importantes, sino porque son en comparación entre sí de importancia secundaria. Pero probablemente se ha dicho lo suficiente para servir a mi propósito actual. He señalado lo que creo concienzudamente son las cinco marcas doctrinales distintivas por las que se puede discernir a los miembros del cuerpo evangélico. Con razón o sin ella, las he expuesto claramente. Me atrevo a pensar que mi declaración se mantendrá firme y resistirá el fuego.

No niego ni por un momento, recuérdese, que muchos eclesiásticos que están fuera del cuerpo evangélico, son en general sólidos acerca de los cinco puntos que he mencionado, si los toma uno por uno. Propóngalos por separado, como puntos en los que creer, y admitirían cada uno de ellos. Pero no les dan la prominencia, posición, rango, grado, prioridad, dignidad y precedencia que nosotros les damos. Y

considero que esta es la diferencia más importante entre ellos y nosotros. Es la posición que asignamos a estos puntos, que es una de las grandes características de la teología evangélica. Decimos con valentía que son, ante todo, las grandes y principales enseñanzas del cristianismo, y que la falta de atención a su posición prominente malogra y estropea la enseñanza de muchos eclesiásticos bien intencionados.

Mostrar todos los fundamentos sobre los que se asienta la fe evangélica sería claramente imposible en un artículo como este. Apelamos con valentía a las Sagradas Escrituras y desafiamos a cualquiera a examinar nuestro sistema a la luz del Nuevo Testamento. Apelamos con valentía a los Treinta y nueve Artículos de nuestra propia Iglesia y afirmamos sin vacilar que están de nuestro lado. Apelamos audazmente a los escritos de nuestros principales teólogos, desde la Reforma hasta la época del Arzobispo Laud, e invitamos a cualquiera a comparar nuestras enseñanzas con las de ellos. Repudiamos con desprecio la vulgar acusación de novedad y le decimos al hombre que la sostiene que sólo está exponiendo su propia ignorancia. Le pedimos que regrese de nuevo a su Nuevo Testamento, que estudie de nuevo los Treinta y nueve artículos, que anote y lea una vez más la teología inglesa de la época anterior a la Carolina [el período de la historia inglesa que abarca el reinado de Carlos I de Inglaterra]. Solicitamos la investigación más completa y estricta de nuestro caso y aceptaremos el resultado sin temor. De nosotros mismos y de nuestras imperfecciones, bien podemos sentirnos avergonzados; pero de lo que se llama "la fe evangélica", no tenemos por qué avergonzarnos en absoluto. Dejemos que los hombres digan lo que quieran. Nada más fácil que insultar, poner odiosos epítetos y asustar a los ignorantes, alzando el grito de "calvinismo" o "puritanismo" contra la escuela evangélica. "La maldición nunca vendrá sin causa". (Pro. 26:2) Creo firmemente que la investigación imparcial siempre mostrará que la fe evangélica es la religión de las Escrituras y de la Iglesia de Inglaterra.

Paso ahora al lado negativo de mi tema. Habiendo mostrado lo que es la fe evangélica, se convierte en mi deber a continuación mostrar lo que no es.

Casi me avergüenza tomarme el tiempo para decir algo sobre este punto. Pero las calumnias y los informes falsos sobre la fe evangélica son tan lamentablemente numerosos, y las tergiversaciones desvergonzadas de su naturaleza son tan corrientes que difícilmente puedo pasar por alto esta rama de mi tema. No somos perfectos, lo sabemos para nuestro pesar. Tenemos muchas faltas y defectos, lo confesamos humildemente. Pero a muchos de los cargos presentados contra nosotros nos declaramos "inocentes". Decimos que no son ciertas.

Empiezo, entonces, diciendo que la fe evangélica no desprecia el aprendizaje, la investigación o la sabiduría de tiempos pasados. No es cierto decir que lo hacemos. El apreciar cabalmente cualquier cosa que arroje luz sobre la Palabra de Dios, no damos lugar a nadie. Que cualquiera mire las listas de aquellos que, en días pasados,

han sido eminentes para la erudición teológica en este país, y me atrevo a decir que encontrará que algunos de los más eminentes son hombres evangélicos. Nicholas Ridley, John Jewell, James Usher, John Lightfoot, John Davenant, Joseph Hall, William Whitaker, Andrew Willet, Edward Reynolds, Robert Leighton, John Owen, Richard Baxter, Thomas Manton, son nombres insuperables para el aprendizaje profundo. ¿A qué escuela pertenecen, me gustaría saber, si no a la evangélica? ¿Qué escuela, pregunto con seguridad, ha hecho más por la exposición e interpretación de las Escrituras que la escuela evangélica? ¿Qué escuela le ha dado al mundo más comentarios? La sinopsis de Matthew Poole y John Owen sobre Hebreos son suficientes por sí solos para demostrar que los hombres evangélicos sí leen y pueden pensar. Incluso en la oscuridad egipcia del siglo pasado, había pocos teólogos ingleses que mostraran un conocimiento más real que James Hervey, William Romaine y Augustus Toplady.

Volviendo incluso a nuestros días, digo, sin vacilar, que no tenemos motivos para avergonzarnos. Nombrar teólogos de nuestra propia generación es algo difícil. Sin embargo, no rehúyo decir que los tres grandes libros del decano William Goode sobre las Escrituras, el bautismo y la Cena del Señor siguen sin respuesta hasta el día de hoy por los oponentes de la escuela evangélica. Las burlas groseras sobre la ignorancia y la superficialidad pueden ser pasadas por alto con seguridad, mientras que libros como estos permanecen sin refutar.

Pero mientras despreciamos colocar cualquier escritura no inspirada al nivel de la revelación, nos negamos a llamar "maestro" o "infalible" a cualquier hombre, por más erudito o intelectual que sea. No seguiremos ninguna guía más que las Escrituras. No tenemos ningún amo sobre la conciencia en asuntos religiosos excepto la Biblia. Dejemos que otros hablen de "antigüedad primitiva" y "verdad católica". Para nosotros hay una sola prueba de la verdad: "¿Qué está escrito en la Palabra de Dios? ¿Qué dice el Señor?"

Continúo diciendo que la fe evangélica no subestima a la Iglesia, ni piensa a la ligera en sus privilegios. No es cierto decir que lo hacemos. En un apego sincero y leal a la Iglesia de Inglaterra, no damos lugar a nadie. Valoramos su forma de gobierno, su Confesión de fe, su modo de culto, tanto como cualquiera dentro de su ámbito. Nos hemos aferrado a ella a través de malas noticias y buenas noticias, mientras que muchos que alguna vez hablaron más fuerte sobre su forma de ser eclesiástica se han separado y se han ido a Roma. ¡Aún nos quedamos con ella y resistiremos todos los intentos de romanizarla hasta la muerte! Conocemos su valor y lo transmitiremos intactos a los hijos de nuestros hijos.

Pero nos negamos firmemente a exaltar a la Iglesia por encima de Cristo, o a enseñar a nuestro pueblo que ser miembro de la Iglesia es idéntico a ser miembro de Cristo. Rechazamos asignarle una autoridad para la cual no encontramos garantía, ni en las Escrituras ni en los Artículos. Protestamos contra la práctica

moderna de personificar primero a la Iglesia, luego deificarla y finalmente idolatrarla. Sostenemos que los concilios de la Iglesia, los sínodos de la Iglesia y las convocatorias de la Iglesia pueden errar, y que "las cosas ordenadas por ellos como necesarias para la salvación no tienen fuerza ni autoridad, a menos que se pueda declarar que han sido sacadas de las Sagradas Escrituras". No podemos encontrar ninguna prueba en la Biblia de que el Señor Jesucristo alguna vez haya querido decir que un cuerpo de mortales descarriados, ordenados o no, deben ser tratados como infalibles. En consecuencia, sostenemos que una gran cantidad de lenguaje en este día sobre "la Iglesia", y la "voz de la Iglesia", es mera verborrea sin sentido. Así pues, "las vanas palabras de los labios empobrecen". (Proverbios 14:23)

Continúo diciendo que la fe evangélica no subestima el ministerio cristiano. No es cierto decir que lo hacemos. Lo consideramos un oficio honorable, instituido por Cristo mismo, y de necesidad general para llevar a cabo la obra del evangelio. Consideramos a los ministros como predicadores de la Palabra de Dios, embajadores de Dios, mensajeros de Dios, siervos de Dios, pastores de Dios, mayordomos de Dios, superintendentes de Dios y obreros en la viña de Dios.

Pero nos negamos firmemente a admitir que los ministros cristianos estén haciendo sacrificios sacerdotales, mediadores entre Dios y el hombre, señores de la conciencia de los hombres o confesores privados. Lo rechazamos, no solo porque no podemos verlo en la Biblia, sino también porque hemos leído las lecciones de la historia de la Iglesia. Descubrimos que el Sacerdotalismo, o el sacerdocio, ha sido con frecuencia la maldición del cristianismo y la ruina de la verdadera religión. Y decimos audazmente que la exaltación del oficio ministerial a un lugar no bíblico y una dignidad extravagante en la Iglesia de Inglaterra en la actualidad probablemente alienará los afectos de los laicos, arruinará la Iglesia y será la fuente de todo tipo de error y superstición.

Continúo diciendo que la fe evangélica no subestima los sacramentos del Bautismo y la Cena del Señor. No es cierto decir que lo hacemos. Los honramos como ordenanzas santas, designadas por Cristo mismo, y como un medio bendito de gracia, que, en todos los que las usan de manera correcta, digna y con fe, "tienen un efecto u operación saludable".

Pero nos negamos firmemente a admitir que los sacramentos de Cristo transmiten gracia ex opere operato [al hacerlos], y que, en todos los casos en que se administran, necesariamente harán bien. Nos negamos a admitir que son el gran medio entre Cristo y el alma, por encima de la fe, por encima de la predicación y por encima de la oración. Protestamos contra la idea de que en el bautismo el uso del agua, en nombre de la Trinidad, está invariable y necesariamente acompañado de la regeneración. Protestamos contra la práctica de animar a cualquiera a venir a la mesa del Señor a menos que se arrepienta verdaderamente del pecado, tenga una fe viva en Cristo y sea caritativo con todos los hombres. Protestamos contra la

teoría de que la Cena del Señor es un sacrificio, siendo esta una teoría contraria a la Biblia, los artículos y el libro de oraciones. Y, sobre todo, protestamos contra la noción de cualquier presencia corporal de la carne y la sangre de Cristo en la Cena del Señor, bajo la forma de pan y vino, como una "idolatría que todos los cristianos fieles deben aborrecer".

Continúo diciendo que la fe evangélica no subestima el libro de oración inglés. No es cierto decir que lo hacemos. Honramos ese excelente libro como una forma incomparable de culto público y uno de los más admirablemente adaptado a las necesidades de la naturaleza humana. Lo usamos con placer en nuestro ministerio público, y deberíamos lamentarnos de ver el día en que su uso esté prohibido.

Pero no nos atrevemos a decir que no puede haber una adoración aceptable a Dios sin el Libro de Oraciones. No posee la misma autoridad que la Biblia. Nos negamos firmemente a dar al Libro de Oraciones el honor que sólo se debe a las Sagradas Escrituras, o considerarlo como formando, junto con la Biblia, la regla de fe para la Iglesia de Inglaterra. Negamos que contenga una sola verdad de religión, adicional, o más allá de lo que está contenido en la Palabra de Dios. Y sostenemos que decir que la Biblia y el libro de oraciones juntos son "el Credo de la Iglesia" es una tontería y un absurdo.

Continúo diciendo que la fe evangélica no subestima el episcopado. No es cierto decir que lo hacemos. Damos a nuestros obispos tanto honor y respeto como cualquier sección de la Iglesia de Inglaterra y, en realidad, mucho más. Creemos firmemente que el gobierno episcopal, correctamente administrado, es la mejor forma de gobierno de la Iglesia que se puede tener en este mundo malvado. Pero nos negamos firmemente a creer que los obispos son infalibles, o que hay que creer en sus palabras cuando no están en armonía con las Escrituras, o que el episcopado es la primera prueba de que una Iglesia es una verdadera Iglesia, o que las órdenes presbiterianas no son órdenes válidas, o que los cristianos no episcopales deban ser entregados a las misericordias fuera del pacto de Dios. Sostenemos tan firmemente como cualquiera que "desde el principio, ha habido obispos, sacerdotes y diáconos". Pero nos negamos a unirnos al grito intolerante: "¡No hay obispo, no hay Iglesia!"

Repito que con respecto al oficio episcopal, no cedemos a ninguno. Pero nunca admitiremos que los actos, las obras y las deliberaciones de los obispos, por numerosos que sean, y por el nombre que se les llame, ya sea un Sínodo Pan-Anglicano o no, deben ser recibidos como infalibles y no deben ser sometidos a la libre crítica. No podemos olvidar que los obispos errantes arruinaron la Iglesia de Inglaterra en los días de Carlos I, y casi la arruinaron de nuevo en 1662, cuando expulsaron a los puritanos, y casi la arruinaron una vez más en el último siglo cuando excluyeron a los metodistas. ¡No! hemos leído historia, y no hemos olvidado que si bien hemos tenido un Cranmer y un Parker, también hemos tenido un Sheldon y un Laud: y que si bien hemos tenido estrellas en nuestro firmamento eclesiástico como

Hooper, Ridley y Jewell, también hemos tenido hombres que fueron una vergüenza para su cargo, como los semipapistas, Cheney y Montague, y el sutil político Atterbury.

Continúo diciendo que la fe evangélica no se opone a las iglesias hermosas, buena arquitectura eclesiástica, un ceremonial bien ordenado y un servicio bien dirigido. No es cierto decir que lo hacemos. Nos gustan los lugares de culto hermosos y bien organizados, cuando podemos conseguirlos. Aborrecemos la negligencia y el desorden en el servicio de Dios, tanto como cualquier otro. Hemos hecho todas las cosas "decentemente y con orden". (1 Cor.14: 40) Pero mantenemos firmemente que la sencillez debe ser la gran característica de la adoración cristiana. Sostenemos que la naturaleza humana se extravía tan fácilmente y se inclina tan profundamente a la idolatría, que los ornamentos en la adoración cristiana deben usarse con moderación. Creemos firmemente que la tendencia del adorno excesivo y del ceremonial teatral es derrotar el fin principal para el cual se estableció la adoración, apartar la mente de los hombres de Cristo y hacerlos andar por vista y no por fe. Sostenemos sobre todo que el carácter interno y espiritual de la congregación es de mucha más importancia que la arquitectura y los adornos de la iglesia. No nos atrevemos a olvidar el gran principio de las Escrituras, que "el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón". (1 Samuel 16: 7)

Continúo diciendo que la fe evangélica no subestima la unidad. No es cierto decir que lo hacemos. Amamos la armonía y la paz tanto como a cualquier cristiano del mundo. Anhelamos el día en que no haya más controversias, contiendas y divisiones; cuando Efraín no moleste más a Judá, ni a Judá Efraín.

Pero mantenemos firmemente que no puede haber unidad real sin unidad en la fe. Protestamos contra la idea de unidad basada en un episcopado común y no en una creencia común en el evangelio de Cristo. En cuanto a las teorías de los que avanzan hacia Roma y tienden la mano a la Iglesia de Bonner y Gardiner, mientras dan la espalda a la Iglesia de Knox y Rutherford, Chalmers y M'Cheyne, las repudiamos con indignación como indigno de los eclesiásticos ingleses. Aborrecemos la idea misma de la comunión con Roma, a menos que Roma primero se purgue de sus muchas falsas doctrinas y supersticiones.

Por último, pero no menos importante, digo que la fe evangélica no subestima la santidad cristiana y la abnegación. No es cierto decir que lo hacemos. Deseamos tanto como cualquiera promover la espiritualidad habitual del corazón y de vida en los cristianos. No nos quedamos atrás ante nadie en la exaltación de la humildad, la caridad, la mansedumbre, la gentileza, la templanza, la pureza, la abnegación, las buenas obras y la separación del mundo. A pesar de todos nuestros defectos, no tenemos comparación con ninguna sección de la Iglesia de Cristo en otorgar la mayor importancia a la oración privada, la lectura privada de la Biblia y la comunión privada con Dios.

Pero negamos firmemente que la verdadera santidad consiste en llamar a todo "santo" en la religión, y hacer avanzar la palabra "santo" con una frecuencia enfermiza a cada paso. No permitiremos que se promueva realmente por una ostentosa observancia de la Cuaresma, por la observancia de los ayunos eclesiásticos y los días de los santos, por la comunión frecuente, por unirse a las Casas de la misericordia, por hacer penitencia, por confesarse, por llevar vestimenta peculiar, por adornar nuestras personas con cruces enormes, con gestos frecuentes y posturas que expresan humildad, en el culto público, caminando en procesiones y demás. Creemos, por el contrario, que tal santidad (así llamada) con demasiada frecuencia es mera externalidad y es una completa ilusión. Tiene una "demostración de sabiduría", y puede satisfacer a las mujeres jóvenes tontas y a los hombres jóvenes sin cerebro, a quienes les gusta componer una parte de su semana entre carreras y bailes, con ascetismo y adoración voluntaria en otra. Pero negamos rotundamente que sea la santidad recomendada por Pablo y Pedro, Santiago y Juan.

Soy consciente de que es probable que este párrafo se malinterprete y pueda ofender. Un lector atento puede decir que considero que guardar la Cuaresma y los Días de los Santos y los ayunos está mal. Le ruego que le recuerde que no digo nada por el estilo. Solo digo que estas cosas no constituyen a la santidad cristiana. Iré aún más lejos. Diré que la historia de los últimos trescientos años en Inglaterra no me inclina a pensar que estas cosas, por bien intencionadas que sean, conduzcan a la verdadera santidad.

Estoy bastante seguro de que los tiempos exigen imperiosamente el contenido de este párrafo. Las cosas han llegado a este punto en Inglaterra en el que miles de eclesiásticos están haciendo que toda la religión consista en cosas externas. Contra tal religión, mientras viva, deseo protestar. Puede ser adecuado para un bandido italiano, que oscila entre la Cuaresma y el Carnaval, entre el ayuno y el robo. Esto nunca debería satisfacer a un cristiano que lee la Biblia.

Dejo aquí mi lista de negativos. No tengo tiempo para insistir más en ello. El resumen de todo el asunto es éste: damos todo el honor legítimo al saber, la Iglesia, el ministerio, los Sacramentos, el Episcopado, el Libro de Oraciones, los ornamentos de la Iglesia, la unidad y la santidad; pero nos negamos firmemente a darles más honor del que encontramos en la Palabra de Dios. No nos atrevemos a tomar ninguna otra posición debido a la clara enseñanza de las Escrituras. Leemos allí cómo el arca en sí era completamente inútil para Israel cuando se confiaba en ella como un salvador y se exaltaba en lugar de Dios. Leemos allí cómo Dios mismo dijo que los sacrificios y las fiestas que Él mismo había designado eran "abominaciones" y un "hastío" para Él, cuando se apoyaban como fines y no como medios. Allí leemos cómo el mismo templo, con todos sus servicios divinamente ordenados, fue denunciado como una "cueva de ladrones" por Cristo mismo. (1 Samuel 4: 1-11; Isaías 1: 11-15; Lucas 19:46)

¿Y qué aprendemos de todo esto? Aprendemos que debemos tener mucho cuidado en la forma en que damos el honor primordial a las cosas inventadas por el hombre, o incluso a las cosas que, aunque ordenadas por Dios, son cosas secundarias en la religión. Aprendemos, sobre todo, que aquellos que nos acusan de menospreciar las cosas que he mencionado, porque nos negamos a convertirlas en ídolos, solo están exponiendo su propia ignorancia de la Escritura. No saben lo que dicen ni lo que afirman. Podemos escuchar sus acusaciones difamatorias y tergiversaciones con tranquila indiferencia. Que nos demuestren que no estimamos el saber, la Iglesia, o el Cristianismo. Esa es la religión que le gusta al corazón natural, pero no es la religión de Dios.

Cuando hablo de una observancia "ostentosa" de la Cuaresma, lo hago por una razón. Hay cientos de personas que "tienen escrúpulos" en las bodas y cenas en Cuaresma, ¡Pero se apresuran a ir a bailes, teatros y carreras tan pronto como termina la Cuaresma! Si esto es la santidad cristiana, podemos arrojar nuestras Biblias al viento.

Ministerio, los sacramentos, el libro de oraciones, el episcopado, la unidad y la santidad, fundamentados en la Escritura, y confesaremos que nos hemos equivocado. Pero hasta que puedan hacer eso, mantendremos firmemente que nosotros tenemos razón y ellos están equivocados.

Solo me queda decir unas pocas palabras sobre la última cuestión que propongo considerar. "¿Qué hace que muchas religiones no sean evangélicas?"

Este es sin duda un punto delicado, pero muy serio e importante. Repito aquí lo que he comentado antes. No decimos que los hombres que no son profesamente evangélicos ignoren y no crean las principales doctrinas del credo evangélico. No decimos nada de eso. Pero sí decimos con fiabilidad que hay muchas formas en las que la fe de Cristo puede ser malograda y estropeada, sin que estas sean negadas positivamente. Y aquí, nos atrevemos a pensar, que esta es la razón por la que tanta religión llamada cristiana no es verdaderamente evangélica. El evangelio, de hecho, es una medicina compuesta de la manera más curiosa y delicada, y una medicina que se echa a perder muy fácilmente.

Puede estropear el evangelio por sustitución. Basta con apartar de los ojos del pecador el gran objeto que la Biblia propone a la fe - Jesucristo, y sustituirlo por otro objeto en su lugar - la Iglesia, el Ministerio, el Confesionario, el Bautismo o la Cena del Señor - y he ahí, el daño está hecho. ¡Sustituya a Cristo por cualquier cosa, y el evangelio se echa a perder por completo! Haga esto, ya sea directa o indirectamente, y su religión dejará de ser evangélica.

Puedes estropear el evangelio añadiendo. Solo tiene que agregar a Cristo, el gran objeto de la fe, algunos otros objetos como igualmente dignos de honor, y el daño está hecho. ¡Agregue cualquier cosa a Cristo y el evangelio dejará de ser un evangelio puro! Haga esto, ya sea directa o indirectamente, y su religión dejará de ser evangélica

Puede estropear el evangelio por interposición. Solo tienes que empujar algo entre Cristo y el ojo del alma, para desviar la atención del pecador del Salvador, y el daño está hecho. ¡Interponga cualquier cosa entre el hombre y Cristo, y el hombre descuidará a Cristo por la cosa interpuesta! Haga esto, ya sea directa o indirectamente, y su religión dejará de ser evangélica.

Puede estropear el evangelio por desproporción. Basta con dar una importancia exagerada a las cosas secundarias del cristianismo y una importancia menor a las primeras, y el daño está hecho. Una vez que se modifica la proporción de las partes de la verdad, ¡La verdad pronto se convierte en un error absoluto! Haga esto, ya sea directa o indirectamente, y su religión dejará de ser evangélica.

Por último, pero no menos importante, puedes estropear completamente el evangelio con direccionamientos confusos y contradictorios. Declaraciones complicadas y oscuras sobre la fe, el bautismo, los privilegios de la Iglesia y los beneficios de la Cena del Señor, todas mezcladas y arrojadas sin orden ante los oyentes, ¡Hacen que el evangelio no sea un evangelio en absoluto! ¡Las declaraciones confusas y desordenadas del cristianismo son casi tan malas como ninguna declaración! La religión de este tipo no es evangélica.

No sé si consigo aclarar lo que significa nuestra convicción. Estoy muy ansioso por hacerlo. Mirádas de nuestros compatriotas son absolutamente incapaces de ver ninguna diferencia entre una cosa y otra en la religión y, por lo tanto, se extravían continuamente. Miles de personas no pueden ver una diferencia clara entre sermones y sermones, y predicadores y predicadores, y solo tienen una vaga idea de que "a veces no todo está bien". Me esforzaré, entonces, por ilustrar mi tema con dos ilustraciones familiares.

La prescripción médica de un medicamento a menudo contiene cinco o seis ingredientes diferentes. Hay tanto de una droga y tanto de otra; un poco de esto y mucho de aquello. Ahora bien, lo que un hombre de sentido común puede dejar de ver es que el valor total de la receta depende de un uso fiel y honesto de la misma. Quite un ingrediente y sustitúyalo por otro; omita un ingrediente por completo; agregue un poco a la cantidad de un medicamento; quite un poco de la cantidad de otro. Haga esto, le digo, con la receta, mi buen amigo, y hay mil posibilidades de que lo estropee por completo. Lo que estaba destinado a tu salud, lo has convertido en veneno.

Aplica esta pequeña parábola sencilla al evangelio. Considérelo como una medicina enviada desde el cielo, para la curación de la enfermedad espiritual del hombre, por un Médico de habilidad y poder infinitos; una medicina de singular eficacia, que el hombre, con toda su sabiduría, nunca podría haber ideado. Dígame ahora, como si tuviera sentido común, ¿no es lógico que este medicamento deba usarse sin la más mínima alteración, y precisamente en la forma y proporción que pretendía el gran Médico? Dime si tienes el menor derecho a esperar algo bueno de él, si lo has manipulado en lo más mínimo. Sabes cuál debe ser la respuesta a estas preguntas: tu conciencia te dará la respuesta. Si estropea las proporciones de la receta de su médico, estropeará su utilidad, aunque lo llame medicina. Si estropea las proporciones del evangelio de Cristo, estropeará su eficacia. Puede llamarlo religión si lo desea; pero no debes llamarlo evangélico. Las diversas doctrinas pueden estar ahí, pero son inútiles si no has tenido en cuenta las correctas proporciones

La serpiente de bronce proporciona otra valiosa ilustración de lo que trato de explicar. Debemos recordar que toda la eficacia de ese remedio milagroso dependía de usarlo precisamente en la forma en que Dios lo ordenó. Fue la serpiente de bronce, y nada más, lo que trajo salud al que la miró. El hombre que pensó que era prudente mirar el altar de bronce, o el poste del que colgaba la serpiente, habría muerto a causa de sus heridas. Fue la vista de la serpiente, y solo mirarla, lo que curó al pobre israelita mordido. El hombre que pensó que sería mejor tocar la serpiente u ofrecerle un sacrificio, no habría obtenido ningún beneficio. Fue el mirar la serpiente por parte de cada enfermo con sus propios ojos, y no con los ojos de otro, lo que curó. El hombre que estableció otro tipo de mirada, encontró inútil una mirada indirecta. Mirar, mirar, solo mirar, era la receta. El que sufre, y solo el que sufre, debía enforcar por sí mismo con sus propios ojos. La serpiente, la serpiente de bronce, y nada más que la serpiente, era el objeto del ojo.

Apliquemos esa maravillosa y más profundamente típica historia al evangelio. No tenemos ninguna garantía para esperar el más mínimo beneficio para nuestras almas que la salvación de Cristo, a menos que lo usemos precisamente de la manera que Cristo lo designó. Si le añadimos algo, le quitamos algo, tratamos de mejorar los términos, nos apartamos en lo más mínimo del camino que la Biblia nos marca, no tenemos ningún derecho a esperar que se nos haga algún bien. El plan de salvación de Dios no puede enmendarse ni mejorarse. Quien intente enmendarlo o mejorarlo, encontrará que lo estropea por completo.

En una palabra, termino esta última parte de mi tema diciendo que para que una religión sea realmente "evangélica" y realmente buena, debe ser el evangelio, todo el evangelio y nada más que el evangelio, como Cristo lo prescribió y expuso a los Apóstoles - la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad - los términos, los términos completos, y nada más que los términos - en toda su plenitud, toda su franqueza, toda su sencillez, todo su atractivo presente. Aquí, lamento decirlo, me

parece que una gran cantidad de la así llamada religión en la actualidad se está derrumbando. No llega al estándar que acabo de dar. Se le agregan cosas, o se quitan cosas, o se colocan cosas en lugares incorrectos, o las cosas se presentan en proporciones incorrectas. Y por lo tanto, por doloroso que sea, no puedo evitar la conclusión de que gran parte de la religión de nuestro tiempo no merece ser llamada evangélica. No acuso a todos los clérigos que no son "evangélicos" de no ser "cristianos". No digo que la religión que enseñan no sea cristianismo. Confío en no ser tan poco caritativo como para decir algo de este tipo. Pero sí digo que, por las razones ya expuestas, me parece que no enseñan toda la verdad de Cristo. En una palabra, no dan todo el peso, la medida completa y la prescripción del Evangelio con precisión. Las partes están ahí, pero no las proporciones.

No puedo concluir mi artículo sin ofrecer algunas sugerencias prácticas sobre los deberes actuales del cuerpo evangélico. Hemos estado considerando qué es y qué no es la fe evangélica. Unas pocas páginas dedicadas a nuestros deberes inmediatos en la posición actual de la Iglesia difícilmente pueden considerarse mal aplicadas.

Los tiempos sin duda son muy críticos, llenos de peligros para nuestra amada Iglesia, llenos de peligros para la nación. Nunca ha habido una confesión tan descarada de las opiniones papistas entre los eclesiásticos, y adiciones tan descaradas a la fe como está definida en nuestros artículos. La gran pregunta es, ¿Nuestro protestantismo morirá o vivirá? Ahora bien, creo que mucho depende de la actitud y la línea de conducta que adopte el cuerpo evangélico. Si conocen los tiempos y cumplen con su deber, hay esperanza para la Iglesia. Si son tímidos, supinos, faltos de compromiso, vacilantes e indolentes, no hay ninguna esperanza.

Sugiero, por un lado, que debemos ejercer un celo especial sobre nuestra propia religión personal. Tengamos cuidado de que sea completa y enteramente evangélica. Los tiempos en los que vivimos son desesperadamente desfavorables para un cristianismo marcadamente doctrinal, decidido, distintivo. Una niebla de vago liberalismo se extiende por el horizonte eclesiástico. Una determinación firme de pensar que todo el mundo tiene razón y que nadie está equivocado, que todo es verdad y nada es falso, nos encuentra a cada paso. El mundo está poseído por un demonio de falsa caridad acerca de la religión. Los hombres intentan persuadirnos, como Galión, de que las supuestas diferencias entre los credos y las escuelas de pensamiento son solo sobre "palabras y nombres", y que es "todo lo mismo". En tiempos como estos, estemos en guardia y prestemos atención a nuestras almas. "Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos". (1 Cor. 16:13) Resolvamos firmemente permanecer firmes en los viejos caminos, el buen camino de nuestros reformadores protestantes. Estrechos, anticuados, obsoletos, como a algunos les agrada llamar así, nunca nos mostrarán nada mejor. Cuanto más nos acerquemos a las grandes realidades de la muerte, el juicio y la eternidad, más excelente parecerá ese camino. Cuando bajo por el valle de sombra de muerte y mis pies tocan las frías aguas, quiero algo mejor que palabras vagas y altisonantes, o

los juguetes pintados y las bagatelas doradas de las ceremonias hechas por el hombre. No me den altares de piedra ni aspirantes a confesores. No me des sacerdotes con sobrepelliz ni un sacrificio fingido en mi dormitorio. No pongas ningún hombre o forma entre Cristo y yo. Dame un bastón real para mi mano como el que tenía David, y carne y bebida reales para mi alma, como el viejo Pablo sintió dentro de él, y con sentimiento gritó: "No me avergüenzo". (2 Tim. 1:12) Debo saber claramente en quién creo, en qué creo, y por qué creo, y de qué manera creo. Nada, nada responderá satisfactoriamente a estas preguntas, sino una fe evangélica completa y franca. Asegurémonos de que esta religión sea la nuestra.

En segundo lugar, sugiero que los ministros que se llaman a sí mismos "evangélicos" deben tener especial cuidado de no comprometer sus principios y dañar su testimonio con vanos intentos de conciliar con el mundo.

Este es un gran peligro en estos días. Es una roca hundida, y me temo, resulta ser llamativa a muchos y están haciéndose un daño inmenso. El pretexto plausible de hacer más atractivos nuestros servicios y de cortar el terreno bajo los pies de los Ritualistas, induce con demasiada frecuencia a los ministros evangélicos a hacer cosas que sería mejor dejar en paz. Nuevas decoraciones de la iglesia, nueva música de la iglesia y un modo semi-histriónico de oficiar el culto en la iglesia, son cosas que sugiero que debemos observar con más atención y mantenernos distantes. Son puntos sobre los que debemos cuidar que no dejemos entrar al Papa y al diablo.

Manipular estas cosas, podemos estar seguros, no hace ningún bien. Puede parecer que agrada al mundo y tiene una "demostración de sabiduría", pero nunca convierte al mundo y lo hace creer. Será mejor que lo dejemos en paz. Algunos clérigos evangélicos, sospecho, han comenzado a flirtear y jugar con estas cosas con las mejores intenciones, y han terminado perdiendo su propio carácter, repugnando a sus verdaderos oyentes creyentes, haciéndose miserables y saliendo del mundo bajo una nube.

¡Oh, no! No podemos estar demasiado celosos en estos días por la más mínima desviación de la "fe una vez entregada a los santos", y del culto que nos transmitieron los reformadores. No podemos ser demasiado cuidadosos en no agregar ni quitar nada a la simplicidad del evangelio, y no hacer nada en nuestro culto que parezca arrojar el más mínimo cuestionamiento sobre los principios evangélicos. "Un poco de levadura leuda toda la masa", - "Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos". (Gálatas 5:9; Mateo 16:6)

Marquemos el testimonio de las Escrituras sobre este tema. La Epístola a los Gálatas es el manual inspirado para estos tiempos. Observe cómo en esa epístola Pablo declara: "Aunque nosotros, o un ángel del cielo, os prediquemos cualquier otro evangelio que el que os hemos predicado, sea anatema". Observe cómo lo repite: "Como dijimos antes, así decimos de nuevo: 'Si alguno predica cualquier otro

evangelio que el que habéis recibido, sea anatema". Observe cómo nos dice que "cuando vino a Antioquía resistió a Pedro cara a cara, porque era el culpable". Observe cómo les dice a los gálatas: "Observáis los días, los meses, los tiempos y los años". Y luego viene la observación solemne y pesada que debería sonar en los oídos de muchos: "Me temo de vosotros". (Gálatas 5:9, 2:11, 4:10-11)

Observemos cuidadosamente lo poco que hacen los que intentan mezclar la predicación evangélica y el ceremonial ritual. Poco, ¿dije? ¡No sirven para nada! El mundo nunca se gana recortando y comprometiendo, mirando a ambos lados y tratando de complacer a todos. La cruz de Cristo nunca se hace más aceptable cortándola en sus esquinas o puliéndola, barnizándola y adornándola. Las procesiones, los estandartes, las flores, las cruces, una cantidad excesiva de música, los servicios elaborados y las hermosas vestimentas, pueden agradar a los niños y a los débiles mentales. Pero nunca ayudaron a promover la conversión y santificación del corazón, y nunca lo harán. Decenas de clérigos ingleses, sospecho firmemente, se han enterado demasiado tarde de que las palabras de Pablo son profundamente ciertas cuando dice: "porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas" (Hebreos 13:9).

Concedo libremente que necesitamos mucha paciencia en estos tiempos. Sin duda, es muy provocador ser vilipendiado caracterizando al culto evangélico con la desnudez, la pobreza y la mezquindad (como lo llaman). Es muy molesto ver a nuestros miembros más jóvenes escaparse a las iglesias donde hay procesiones, estandartes, flores, incienso y un ceremonial completamente histriónico y hermoso. Es irritante escucharlos decir que "se sienten mucho mejor después de estos servicios". Pero ninguna de estas cosas debe conmovernos. "El que creyere, no se apresure". (Isaías 28:16) El fin nunca justificará los medios ilícitos. No dejemos nunca el terreno elevado de los principios bajo ninguna presión falsa, venga de donde venga. Mantengamos nuestro camino y seamos celosamente sensibles a cualquier desviación de la sencillez. La popularidad obtenida complaciendo los sentidos o el sentimiento de nuestros oyentes no vale nada. Los adoradores que no están contentos con la Biblia, la cruz de Cristo, las oraciones simples y la alabanza simple, son adoradores de poco valor. Es inútil tratar de complacerlos, porque su gusto espiritual está enfermo.

Recordemos, sobre todo, el enorme daño que podemos hacer a las almas si una vez nos permitimos apartarnos en lo más mínimo de la sencillez del evangelio, ya sea en nuestra doctrina o en nuestra adoración. ¿Quién puede estimar los naufragios que podrían ocurrir en una sola noche y las vidas que podrían perderse si un farero se atreviera a alterar un poco el color de su luz? ¿Quién puede estimar las muertes que podrían producirse en una ciudad si el químico se decidiera a apartarse sólo un poco de las prescripciones del médico? ¿Quién puede estimar la miseria total que podría ser causada en una guerra, por mapas un poco incorrectos y gráficos un poco

incorrectos? ¿Quién puede estimar estas cosas? Entonces quizás tenga alguna idea del daño espiritual que hacen los ministros al apartarse en el más mínimo grado de las proporciones bíblicas del evangelio, o al tratar de atrapar al mundo vistiendo la sencilla y vieja fe evangélica con ropa nueva.

Sugiero, finalmente, que no debemos permitir que la fe evangélica sea expulsada de la Iglesia de Inglaterra sin luchar.

Es una fe por la que vale la pena luchar; porque puede señalar obras que ninguna otra escuela de la Iglesia de Inglaterra ha igualado jamás. En este asunto, no tememos ninguna comparación, si se hace de manera honesta y justa. Confesamos con dolor que hemos hecho poco en comparación con lo que deberíamos haber hecho; y, sin embargo, decimos con valentía que, tanto en el extranjero como en casa, ningún eclesiástico ha hecho tanto bien a las almas como los que se llaman evangélicos. ¿Cuál Sierra Leona pueden presentarnos los ritualistas extremos como resultado de su sistema? ¿Cuál Tinnevely da testimonio de la verdad de su escuela? ¿Qué ciudades manufactureras han sido rescatadas del semi-paganismo? ¿Qué distritos mineros han cristianizado? ¿A qué abundantes poblaciones de pobres en nuestras grandes ciudades pueden señalar, según la evangelización de sus agencias? Desafiamos audazmente a que se nos dé una respuesta. Déjelos pasar al frente y nombrarlos. En el día en que la fe evangélica sea expulsada de la Iglesia de Inglaterra, la utilidad de la Iglesia se acabará y desaparecerá. Nada le da a la Iglesia de Inglaterra tanto poder e influencia como la fe evangélica genuina, bien trabajada y bien administrada.

Pero es una religión que sólo ahora se puede preservar entre nosotros mediante un gran esfuerzo y una gran lucha. Por el bien de nuestra nación, por el bien de nuestros hijos, por el bien del mundo, por el honor y la gloria de nuestro Dios, ciñámonos los lomos de nuestra mente y decidamos que la lucha se llevará a cabo.

Es una lucha; podemos llamar honestamente al mundo a testificar, lo cual no es algo que busquemos. La controversia se nos impone, nos guste o no. Nos enfrentamos a un doloroso dilema. Debemos sentarnos en silencio, como furtivos y cobardes, y dejar que la Iglesia de Inglaterra sea desprovista de su protestantismo y se vuelva a unir con Roma; si no luchamos, debemos abandonar vilmente a la vieja y querida Iglesia y dejar que los traidores hagan su voluntad; ¡De lo contrario, debemos mirar el peligro a la cara con valentía y luchar! Nuestra lucha, por supuesto, debe continuar con la misma Palabra con la que lucharon Cranmer, Latimer y Ridley, y no con armas mundanas. Pero como lo hicieron ellos, debemos hacerlo nosotros: debemos levantarnos y luchar. ¡Sí! incluso si la consecuencia es una secesión de nuestros antagonistas, no debemos rehuir la lucha. Que todos vayan al lugar que más le convenga. Que los papistas se unan al Papa y que los romanistas se retiren a Roma. Pero si queremos que nuestra Iglesia continúe protestante y evangélica, no debemos tener miedo de luchar. Hay momentos en que hay una mina de profundo

significado en las palabras de nuestro Señor: "el que no tiene espada, venda su capa y compre una ". (Lucas 22:36) A tales tiempos hemos llegado.

¿Alguien me pregunta qué se debe hacer? Respondo que el camino del deber, en mi opinión, es claro, sencillo e inconfundible. Unión y organización de todos los eclesiásticos protestantes y evangélicos - exposición incansable de los tratados papistas de nuestros antagonistas, desde el púlpito, la plataforma y la prensa - establecer demandas siempre que haya una esperanza razonable de éxito - apelaciones al Parlamento por estatutos declarativos, y la reforma de nuestros tribunales eclesiásticos - acción audaz, decidida, rápida, en el momento que la necesidad lo requiera - estas son las armas de nuestra guerra. Son armas que, de un extremo al otro del país, debemos esgrimir, con valentía, incansable, inquebrantable, ser sacrificado y cueste lo que cueste. Pero yo digo: "¡No te rindas! ¡Sin deserción! ¡Sin compromiso! ¡Ninguna paz vergonzosa! "

Confío en que nadie me malinterpretará aquí. Si alguien supone que quiero reducir el alcance de la Iglesia de Inglaterra y convertirla en la Iglesia de un partido en particular, está totalmente equivocado. Soy muy consciente de que mi Iglesia es eminentemente liberal, verdaderamente comprensiva y tolerante con las amplias diferencias de opinión. Pero niego que la Iglesia haya tenido la intención de que sus miembros fueran francamente papistas.

La Iglesia siempre ha encontrado espacio en sus filas para hombres de muy diferentes escuelas de pensamiento. Ha habido espacio para Ridley y espacio para Hooper, espacio para Jewell y espacio para Hooker, espacio para Whitgift y espacio para Tillotson, espacio para Usher y espacio para Jeremy Taylor, espacio para Davenant y espacio para Andrews, habitación para Waterland, y espacio para Beveridge, espacio para Chillingworth y espacio para Bull - espacio para Whitby y espacio para Scott, espacio para Toplady y espacio para Fletcher. ¿Dónde está el eclesiástico al que le gustaría que alguno de estos hombres fuera excluido de la Iglesia de Inglaterra? Si existe uno así, no estoy de acuerdo con él.

Pero si alguien quiere que crea que nuestra Iglesia alguna vez tuvo la intención de permitir que su clero enseñara la doctrina romana de la Presencia Real, el sacrificio de la Misa y la práctica de la confesión auricular, sin obstáculos ni impedimentos, le digo claramente que yo no lo puedo creer. Mi sentido común se rebela contra eso. Preferiría creer que el negro es blanco, o que dos y dos son cinco.

Entre el antiguo gran eclesiástico y los ritualistas trazo una amplia línea de distinción. Con todas sus faltas y errores, a mi juicio, el viejo gran eclesiástico es un verdadero eclesiástico y se opone total y sinceramente al papado. Los ritualistas, por otro lado, manchan el nombre mismo de protestante; y, si las palabras significan algo, son tan parecidas a los católicos romanos que un hombre sencillo no puede ver ninguna diferencia entre ellas y las de Roma.

Entonces, resolvamos “contender fervientemente por la fe”. Predicando y orando, desde el púlpito y la plataforma, con la pluma y la lengua, imprimiendo y hablando, trabajemos para mantener la fe evangélica dentro de la Iglesia de Inglaterra y resistir a los enemigos que vemos a nuestro alrededor. No somos débiles si nos mantenemos unidos y actuamos juntos. Las clases medias y los pobres todavía son sensatos. No aman el papismo. Dios mismo no nos ha abandonado y la verdad está de nuestro lado. Pero sea cual sea el motivo del conflicto, clavemos nuestras banderas al mástil; y, si es necesario, bajar con ellas, hagámoslo hondeándolas. Solo establezcamos profundamente en nuestras mentes que, sin principios protestantes y evangélicos, una Iglesia es tan inútil como un pozo sin agua. En una palabra, cuando la Iglesia de Inglaterra vuelva a ser papista, será una Iglesia que no vale la pena preservar.